

La noche líquida

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Miguel Garrido de Vega, *La noche líquida*

Primera edición: febrero de 2026

ISBN: 978-84-8393-379-4

Depósito legal: M-26994-2025

IBIC: FYB

© Miguel Garrido de Vega, 2025

Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2026

Editorial Páginas de Espuma

Madera 3, 1.º izquierda

28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Miguel Garrido de Vega

La noche líquida



ÍNDICE

Los que corren en la oscuridad	13
Cuando bailábamos jazz en el cumpleaños de Hitler	21
Funesto suceso en el pantano	29
Los hombres mojados	57
Sal	71
Nicotina.	83
Cherry pie	109
Muertos y fantasmas	127
Epitafio	143

A Andrea, balsa en la tormenta.

*Rechazo también el pecho materno,
ofrecido a todos los recién llegados en las lecherías de dolor.*

Agota KRISTOF

LOS QUE CORREN EN LA OSCURIDAD

LAS CONSTRUCCIONES a los lados del Camino Viejo se me echan encima, pero yo soy más rápido. Respiro fuerte, hincho los pulmones, corro sin detenerme ni mirar las agujas del reloj, mis pies no tocan el suelo.

Corro igual que cada noche.

Una sombra se me cruza a toda velocidad y suena un cascabel, como el de una de esas bolas que llaman a los ángeles. Un animal extraviado, quizás un perro que busca a su dueño al otro lado de la vía. ¿Será un nuevo vecino?

Sea lo que sea, no es ella.

Antes, correr nos pertenecía a los dos, a la mañana.

Ahora, las estrellas son mi escenario y ella no corre porque tiene miedo.

Escupo al suelo.

Los adosados sin rematar se me acercan saltando. Son esqueletos de hormigón que veo pasar a trompicones. Los dejo atrás, escapo. Permanecen quietos, mudos, ocultos

entre la maleza. Esperan mi próxima visita dentro de veinticuatro horas. Hay pocas farolas, diez a lo largo de cinco kilómetros de campo casi urbanizado, una calzada a cada lado de la carretera, un par de desvíos a los dos proyectos residenciales. El río, caudaloso e invisible tras el pinar, su rumor constante amortiguando el sonido de mis pisadas.

El Camino Viejo será un lugar de ensueño.

Eso decían los planos del proyecto. El arquitecto nos los enseñó en la visita piloto. Admitió muchas preguntas, era un tipo muy educado. Terraza, piscina, incluso una cancha de baloncesto. La inmobiliaria lo puso fácil, el banco también; nuestros padres accedieron al préstamo de buena gana. Ambos nos lo creímos, ayer por la mañana dijimos que debemos seguir haciéndolo.

Por nuestro bien, por el de la criatura que está en camino.

Han pasado tres años desde que firmamos el contrato y nuestra casa es la única de esta urbanización fantasma. No hay más compañía que la de los ladrillos vecinos. Esos ladrillos cogen polvo junto a cimientos enterrados, también vecinos. El trazado sobre la arena revuelta empieza a difuminarse, sorteo los materiales de construcción oxidados y las vallas de obra derribadas por el viento. Me duelen los talones. Apenas soy capaz de ver dónde piso, cojo aire y sigo corriendo, estoy aprendiendo a mirar con el resto de los sentidos.

De momento, soy solo un hombre que corre en la oscuridad.

Pienso a menudo en el día en que llamamos para confirmar la compra. Había vuelto pronto de la oficina e imaginaba que ella aun estaría en el estudio. Me desvestí, abrí una cerveza y puse un poco de música, el último de Radiohead, lo recuerdo bien. El fin de semana teníamos una comida

con amigos, podía aprovechar la tarde para afeitarme con calma. El agua tibia estaba preparada, mis facciones borrosas en el reflejo, y la espuma ya me cubría las manos. Acababa de empezar cuando noté otro tipo de cuchillas, cinco para ser exacto, arrastrándose por mi nuca.

—Tengo noticias —ronroneó ella.

Siempre hace eso con las uñas, es su ritual de bienvenida.

—¿Cuándo has llegado? —pregunté.

—Nunca me fui.

Por lo visto, se había pedido el día para dar los últimos retoques a unos diseños desde casa. Me dijo que había estado encerrada en el cuarto, que se le había agotado el café y se había quedado dormida sobre la mesa de proyectos.

También me contó que habían llamado de la inmobiliaria.

—Quince mil euros menos están muy bien —contesté.

—Mucho.

La mano que no me arañaba el cuello sostenía una copa de albariño, y había dos ojos verdes impresos en el cristal. Era una buena rebaja, la verdad, solo teníamos que llamar antes del lunes y decir que sí.

—Pues, si es lo que quieres —le dije—, lo que los dos queremos, adelante.

—Es nuestra oportunidad —dijo.

—Ya lo creo.

Volví a centrarme en el afeitado. Vi que un hilo rojo resbalaba por mi clavícula.

—Qué hago, entonces. ¿Llamo? —preguntó ella.

—Venga, llama.

Me dio una palmada en las nalgas y se fue a buscar su teléfono.

En el mío, Thom Yorke ya gemía los últimos compases de «Ful Stop».

Detuve la canción.

Me quedé observando el pequeño tajo en mi garganta. Debía de habérmelo hecho con el susto inicial. Un corte limpio y aséptico, de los que no duelen. Eché la camiseta blanca a lavar, la mancha de sangre nunca terminó de irse. Imagino que ella la tiró a la basura o la llevó a alguna parte, no he vuelto a verla en el armario. Tampoco desapareció la cicatriz sobre la nuez, por donde la barba no asoma.

Nuestro piso de ciudad era una ratonera, no lo niego. De esas que se ofrecen a razón de tres ceros, sin garaje ni desván. Ahora los tenemos, sí, y no sé si los necesitábamos entonces, por mucho que nos quejásemos de lo horrible que era vivir en el centro. Ahora los tenemos, y tenemos toda una planta para guardar trastos, y apilamos cajas que siguen sin desembalar desde la mudanza. El coche lo cambiamos poco antes de llegar. El primero había sido un seminuevo rojo de dos puertas, que dormía a la intemperie y servía para las escapadas de fin de semana. Nunca me ha gustado conducir, y ella no lo disfruta, pero los miedos se cultivan mejor entre arrugas. ¿Es más seguro un vehículo más grande? Un vehículo más grande necesita un aparcamiento mayor. Eso es lo que pienso, y es otra de las frases que me quedé con ganas de decirle a mi antigua jefa. Nuestra relación era más bien tensa, y explicar que lo dejaba todo para ponerme a escribir, que viviría en el campo, fuera de la ciudad, que colaboraría con un periódico local, y que había empezado una novela, sobre todo eso, no hizo más que empeorarla.

—Dale una vuelta —me dijo—. Estás siendo torpe.

—Gracias, pero es mi vida.

Mi respuesta se le atragantó. Se levantó de su sitio, se sentó sobre la mesa haciendo sonar los tacones, dándole vueltas a la medallita de la virgen. Me miró, sus labios decían «hace falta ser imbécil», pero yo escuché:

—Te vas a cargar tu carrera. Lo sabes, ¿no?

—Gracias —repetí, y me marché.

Llegué a casa y los ojos verdes me estaban esperando.

Le dije que estaba hecho, ella me abrazó.

Dijimos que saldríamos adelante, que no hay trabajo que merezca tal calvario.

Bebimos e hicimos el amor, reímos, insultamos a la sanguijuela de mi jefa a voz en grito, comimos pizza, nos quedamos amodorrados y desnudos en el sofá. Luego me levanté mientras ella dormía, me acerqué a la ventana. Encendí el que fue mi último cigarro.

Hoy he vuelto a salir de la cama despacio; ella todavía duerme.

La diferencia es que no hay tabaco, ni lo habrá. Podría haber cogido un lápiz y haber escrito rápido. He preferido correr. Correr para volver atrás. Las tres y media de la madrugada y sigo el curso de una carretera solitaria. Los pocos coches que pasan se hacen transparentes. Me preguntó si el Camino Viejo no será un sendero a otra dimensión; una en la que la gente se odia a sí misma tanto como yo lo hago. A mí me bastaría con tolerarme. Llegada a una edad, todos nos hacemos la pregunta de la vergüenza, y todos nos mentimos. Yo tampoco sé en qué o en quién me he convertido. No tenía una respuesta cuando empecé a planteármelo, tampoco la tengo ahora. He aprendido, eso sí, que estar parado es ocupar espacio. Es desgastarse, como un mueble feo regalado por un familiar al que solo has visto en el día de tu boda. Puede que haya salvación; no

aquí, en este esbozo de barrio residencial por el que salgo a correr a oscuras, con la capucha echada y los guantes apretados, no en la que se supone que es mi casa, sino en esa dimensión dispersa a la que me han invocado. ¿Existe el alma? Quiero creer que sí, luego me acuerdo de aquella película de Iñárritu, de que las almas solo pesan unos gramos, no demasiados.

Tal vez me pesa el cuerpo, no el alma.

O la determinación que tomé hace unos minutos, al cerrar la puerta y huir.

O que debería estar ahí para ofrecerle unas palabras cuando despierte.

O saber que no tengo intención de hacerlo.

Puede que ninguna de esas opciones.

Durante mucho tiempo no le di importancia, pero soy de los que sienten con el estómago. Hay quienes lo hacen con el corazón, quienes filtran a través de la cabeza. Yo creía ser uno de estos últimos. Me imagino qué pensaría ella si pudiera vislumbrar un poquito de mis entrañas a través de esa rendija por la que todos, alguna vez, hemos soñado con espiar a nuestras parejas.

Lo que te pasa es que te preocupas demasiado por el futuro, me diría, apoyada en el respaldo de la cama y sujetándose las rodillas. Déjalo estar.

Me preocupo, sí, el problema es que solo me preocupo por mí mismo, y antes de hablar me pondría en pie para darle solemnidad al asunto; contestaría: no es solo eso, hay más.

Y vendría el desplome.

El caos verbalizado. El apocalipsis como discurso de despedida. Una botella pegajosa que vomita colonia. Las palabras que diría se me aparecen fabricadas en cartón pie-

dra, bien clavadas en el suelo, a los dos lados de la calzada que recorro jadeando, como si fuera el nadador de Cheever. Se me imponen rotundas, las veo escritas con aerosol entre las nubes que rodean a la luna difusa. No saldrán de mi boca. Fantaseo con cuánto me hubiera costado articularlas si estuviera ahora junto a su cuerpo embarazado de tres meses. El mensaje real no tiene mucho que esconder, y se asemejaría al siguiente: era joven, estaba delgado, tenía dinero y te quería.

Una sola frase con el poder de muchas. La diría antes de pedirle perdón por haber malgastado su tiempo, antes de coger la maleta que ya guardaba tras los abrigo de la entrada y de marcharme para no volver.

Nada de eso ocurrirá.

Lo que acabo de hacer no se puede revertir.

Seguiré corriendo por el Camino Viejo. Vagabundearé. Una hora, dos, o puede que tres. Cuando corresponda, sacaré el móvil, la llamaré, le diré que salga de allí a toda prisa, antes de que ocurra lo que tiene que ocurrir en esa casa, que nunca fue mía, ni de ella, que nunca fue más que un contenedor con demasiado espacio vacío, porque no le deseo ningún mal. Ni a ella ni a la cría. Jamás fue esa mi intención.

Oigo un tintineo y acelero.

Otra vez ese cascabel. Está cerca, no me había dado cuenta hasta ahora. Espero que sea eso: un gato fugitivo, un perro asustado que me va al paso porque no tiene dónde caerse muerto. Más vale que lo sea. No sé quién estaría tan mal de la cabeza como para seguir a un hombre que corre en círculos cada noche por un camino rural.

Vuelvo la vista y no hay nada.